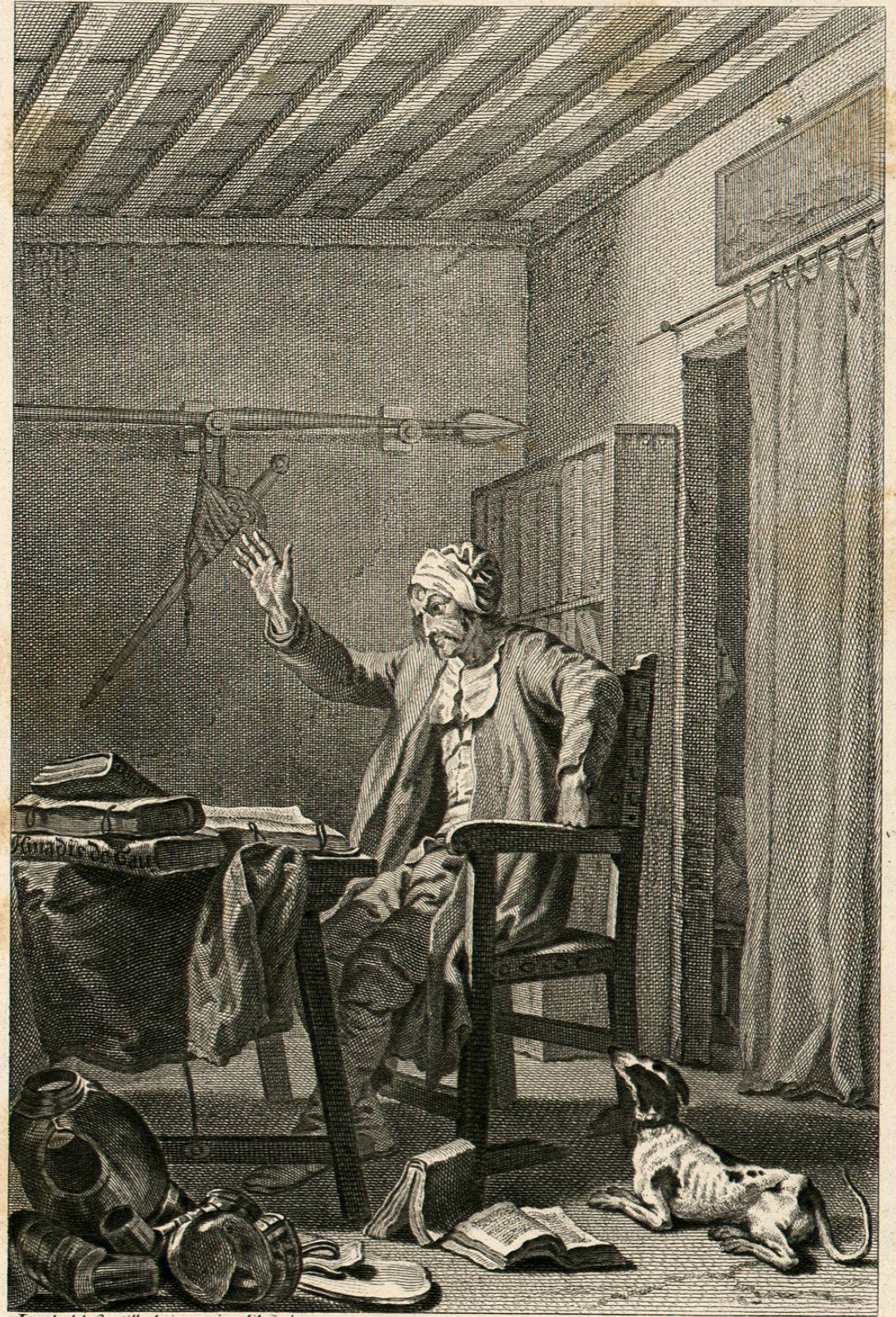


complexión re... sero de carnes, cupido de rostro, gran madrugador y amigo de  
 la caza. Quería decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quisado (que en  
 esto hay alguna diferencia en las formas que desde casa escriben), aunque por  
 conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quisado. Pero sólo importa  
 poco á nuestro cuento: hasta que en la narración de su vida se vea el estado de  
 la verdad. Es pues de saber que con sus estudios de leyes y de medicina se estaba  
 ocioso (que eran los más del día, se decía) y que en su ociosidad se dedicaba  
 afición y gusto, que olvidó con la vida, a la administración de su hacienda, y  
 administración de su hacienda, y vendió muchas hanegas de tierra, y  
 que leer, y así llevó á su casa una gran cantidad de libros, y los que  
 le parecían tan bien como los que se vendían en las librerías, y la  
 claridad de su prosa y la sencillez de su estilo, y la claridad de su  
 y mas cuando llegaba á las cosas de la guerra, y de la política, y de  
 muchas partes de la historia, y de la geografía, y de la física, y de  
 tal manera que se podía asegurar que era un hombre de una gran  
 Y también cuando leía las historias de los reyes, y de los señores, y de  
 estrellas os parecía que los reyes y señores eran como los reyes y señores  
 grandeza. Con estas razones por las que se le daba un gran crédito  
 por entenderlos y desentrañarlos el mundo, que era un hombre de una gran  
 el mismo Aristóteles si resucitara para solo eso, se acordaba muy bien con las  
 heridas que Don Beltrán daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes  
 maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo  
 lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alabarse en su obra aquel acabar  
 su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino  
 deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra, como allí se promete, y  
 sin duda se lo hubiera hecho, y aun hubiera escrito con ella, si no fuera por  
 pensamientos no se le esterbaran. Tantas cosas se le iban ocurriendo, con el cura de  
 su lugar que era hombre docto, graduado en leyes, y de una gran  
 mejor caballero, Palmerín de Inglaterra, y de un gran señor, y de un  
 barbero del mismo pueblo, decía que siempre se acordaba de Beltrán, y que  
 si alguno se le podía comparar era Beltrán, y de un gran señor, y de un  
 porque tenía una acomodada condición para poder ser un gran señor, y de un  
 ni tan llo como su hermano, y que en la de la vida se le iba en nada.  
 En resolución se le enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban los días  
 leyendo, y los días de turbio en turbio; y así del poco que  
 y del mundo se le secó el cerebro de manera que vino á perder el uso  
 Llenósel de todo aquello que leía en los libros, y así se le iban  
 como de disparates imposibles. Y asentose de tal modo en su lectura,

Lám. 2.



Joseph del Castillo la invención y dibujo. Manuel Salvador y Carmona la grabó.

toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia mas cierta en el mundo. Decía él que el Cid Rui Diaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de un solo revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto á Roldan el Encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisagüelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocín, y aunque tenía mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (segun se decía él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin